

ese credo con todas sus consecuencias, o, de lo contrario, demoler las iglesias y volver al paganismo. Es decir... volver no es la palabra: *legalizar* el paganismo reinante. En realidad, nunca hemos dejado de ser paganos. El reino de Cristo no ha empezado todavía. Los veinte siglos pasados, no han sido más que la incubación.

¡Horror! Nunca hubiera pronunciado Horacio García Creso tan nefandas palabras. La mamá quiso desmayarse. El papá habló de mandarlo a la estancia a embolsar trigo, a fin de apartarlo de esa maldita facultad de Derecho, donde «se juntaba con subversivos». Susanita Sánchez, presunta novia de Horacio, manifestó redondamente que *jamás se casaría con un maximalista, partidario del amor libre*. Martita se echó a llorar desconsoladamente, resentidísima con aquel mal hermano que le había llamado cocinera. Mecha Ruiz, solterona profesional, manifestó que *parecía increíble que un joven de abolengo pudiese decir semejantes barbaridades*. El doctor Pedancio, concluyó sentenciosamente:

—No hay que extrañarse de nada. A los veinte años, el cerebro es una verdadera olla de grillos. Ya hablaremos cuando Horacio tenga mi edad y haya reposado el juicio. Estos jóvenes *tragalibros* se echan a perder, temporalmente al menos, con esa endiablada costumbre de leer. Casi todos hemos pasado por ese mal momento psicológico, así como pasamos el sarampión o la tos ferina...

Pero, no obstante los propósitos conciliatorios y pacifistas del doctor Pedancio, una sombra de malestar gravitaba sobre la reunión. No se dispo esa nube hasta que tomó la palabra Ernestito Almansa. Ernestito—como se le llamaba en todas partes, malgrado sus veintiocho bien cumplidos—, era un joven simpatiquísimo a las damas. Frívolo, fatuo, afeminado y vanidoso, era todo lo estúpido que puede ser un hombre sin exigir reclusión inmediata; pero—entiéndase bien—, no afirmo que fuese simpático a las damas precisamente por ser estúpido. Puede ser que eso no tuviese nada que ver. Ernestito creyó oportuno manifestar que *el hablar de cuestiones sociales era de pésimo gusto*. Acababa de llegar de los Estados Unidos, a donde había ido a perfeccionar sus estudios de ingeniería. El doctor Pedancio Pérez le preguntó *cómo andaba por allá eso de la ingeniería*. Ernestito dió una respuesta evasiva.

Mecha Ruiz, la solterona fundamental, le preguntó cómo bailaban el *shimmy* en Nueva York. Entonces Ernestito se embarcó en una extensa disertación, ilustrada con demostraciones personales. La amena disertación coreográfica dispo las sombras

que dejara en los ánimos la controversia sociológica. Y la alegría reinó en el comedor.

Sólo se enfrió levemente la atmósfera moral cuando el doctor Pedancio Pérez dijo sentenciosamente:

—El baile es tan antiguo como la humanidad. A Sócrates, al *gran Sócrates*, le gustaba mucho la danza, y bailaba frecuentemente. Así lo aseguran Diógenes Laercio y el doctor José Ingenieros.

Así dijo el doctor Pedancio Pérez, alguno de cuyos amigos, por lo visto, había leído *Las vidas de los filósofos y El hombre mediocre*.

EN LAS COCINAS

Estamos ahora en las cocinas de los señores García Creso. Los marmitones friegan copas y platos; los cocineros, vestidos de blanco, cumplen concienzudamente su delicada misión. La actividad es intensísima.

Un marmitón a otro.—Parece que tenemos cambio de personal.

Marmitón 2º—¿Lo dices por Juan, el jardinero?

Marmitón 1º—Y por María, la mucama.

Marmitón 2º—¿Qué! ¿La despidieron? ¿Por qué?

(El primer marmitón dice algo al oído de su compañero).

Marmitón 2º—No puede ser.

Marmitón 1º—Te digo que sí.

Marmitón 2º—¿Y el niño Héctor?

Marmitón 1º—Se fué a la estancia.

Marmitón 2º—¿Qué canallada! Es peor que lo del jardinero. ¿Sabes tú por qué lo echan?

Marmitón 1º—No sé... Parece que le dió una mala contestación a la niña Alicia.

Marmitón 2º—¿Y por eso...? Eso no es razón para dejar en la calle a un hombre que lleva veinte años en la casa. ¿Dónde lo van a tomar ahora, con su reumatismo del demonio? ¡Pobre viejo! Si al menos le hubiesen dado algo...

Marmitón 1º—Le dieron un mes de sueldo. Es lo que manda la ley.

Marmitón 2º—¿Qué gran cosa, la ley! Con los cien pesos, ya puede el pobre viejo darse a la buena vida, ¿no te parece?

Marmitón 1º—Así es...

El cocinero jefe (a los marmitones).—¡Eso es! ¡Distráiganse charlando! ¡Con la vajilla que hay que lavar para la comida de esta noche! ¿Para eso les pagan su sueldo?

Marmitón 1º a marmitón 2º—Mira éste, cómo defiende los intereses del patrón... Para que algún día le pase como a Juan el jardinero.

(Y ya no se oye sino ruido de platos...)

ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA

(Del tomo «Jesús en Buenos Aires». Buenos Aires, 1222).

La maquinaria nos vencerá

El progreso industrial es el credo efectivo de nuestra época. El hombre cree que el aumento de producción, de maquinaria, de ferrocarriles y de complicidad en el aparato material de la vida, es lo único de importancia. Las naciones atrasadas en el desarrollo industrial están ansiosas por adelantarlo, en parte porque sus ciudadanos más enérgicos quieren el industrialismo, en parte porque una industria desarrollada es el estado de fuerza más esencial en la guerra moderna. Hay, sin embargo, muchas cosas de gran valor que el industrialismo en sus formas actuales hace imposible. Sin holganza, mucho de lo bueno de la vida humana no puede existir. La excelencia artística y la belleza de la existencia diaria son destruidas por el contacto del industrialismo. El hombre se torna inquieto, positivista, destructor y pospone la felicidad presente a un porvenir que nunca llega. A menos que podamos conquistar la maquinaria y usarla para proporcionarnos más descanso,

la maquinaria nos vencerá. La causa principal del estado actual del mundo es la idea mecánica de la vida, la creencia de que la eficiencia técnica en la producción de objetos materiales es lo único importante. Esta opinión se debe al protestantismo y sobre todo al puritanismo. No es una casualidad que Gran Bretaña y Estados Unidos llevasen la delantera en el industrialismo. El credo del industrialismo, mientras esté combinado con el capitalismo competente, encierra un desprecio por los placeres de los sentidos, y una subordinación de todos los otros bienes al triunfo financiero, lo cual es sólo posible psicológicamente en poblaciones acostumbradas a someter la felicidad terrenal a la salvación fu-

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO
de la Facultad de Medicina de París

Horas de consultas: de 2 a 4 h.

EXCEPTO LOS DOMINGOS — TELEFONO 857